

A TRAVÉS DEL ESPEJO

*Kevin
Brooks*

LUCAS



LUCAS

DEL ESPLEJO SÁVIA A

LUCAS

Kevin Brooks

traducción de
IGNACIO PADILLA



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 2002
Primera edición en español, 2009
Segunda reimpresión, 2014

Brooks, Kevin
Lucas / Kevin Brooks ; trad. de Ignacio Padilla. —
México : FCE, 2009
334 p. ; 23 x 14 cm — (Colec. A Través del Espejo)
Título original: Lucas
ISBN 978-607-16-0078-3

1. Literatura juvenil 2. Literatura infantil I. Padilla,
Ignacio, tr. II. Ser. III. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 B263

Distribución en Latinoamérica y Estados Unidos

© 2000, Kevin Brooks, texto

Publicado originalmente en inglés en 2002 bajo el título *Lucas*
por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset, BA11 1DS

Todos los nombres de personajes y lugares usados en este libro
tienen el © del autor y no pueden ser usados sin autorización.

El autor conserva sus derechos morales.

Todos los derechos reservados.

D. R. © 2009, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada ISO 9001:2008

Editoras: Eliana Pasarán y Mariana Méndia
Diseño del forro: León Muñoz Santini
Diseño de interiores: Fabiano Durand

Comentarios: librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55)5449-1871. Fax (55)5449-1873

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-0078-3

Impreso en México • *Printed in Mexico*

Para Susan... por todo, por siempre

Fue idea de mi padre que escribiera sobre Lucas y Angel, y sobre todo lo ocurrido el verano pasado.

—No te hará sentir mejor —me dijo—. Tal vez incluso empeore las cosas por un tiempo. Pero no debes permitir que la tristeza muera dentro de ti. Tienes que inyectarle algo de vida. Tienes que...

—¿Sacarla toda?

Sonrió.

—Algo así.

—No sé, papá —suspiré—. No estoy segura de poder escribir una historia.

—No digas tonterías. Cualquiera puede escribir una historia. Es lo más fácil del mundo. ¿Cómo, si no, supones que puedo ganarme yo la vida con eso? Todo lo que tienes que hacer es decir la verdad, contarlo tal como sucedió.

—Pero yo ni siquiera sé cómo fue. No conozco todos los detalles, los hechos...

—Las historias no son hechos, Cait. No son detalles. Las historias son sentimientos. Tú tienes sentimientos, ¿verdad?

—Demasiados —dije.

—Ahí tienes. Es lo único que necesitas —posó su mano en la mía—. Llórate una historia, hija. Funciona. Créeme.

De modo que eso hice: me lloré una historia.

Ésta es la historia que lloré.

CAITLIN McCANN

UNO

Vi a Lucas por primera vez el verano pasado, en una hermosa tarde de finales de julio. En ese momento no sabía quién era... De hecho, ahora que lo pienso, ni siquiera sabía *qué* era. Desde el asiento trasero del auto apenas pude distinguir una criatura vestida de verde que caminaba sigilosamente a lo largo del Stand en medio de una brillante nube de calor. Era una figura delgada y andrajosa con pelo rubio color paja y una manera de andar —me hace gracia recordarlo ahora—, una manera de andar que susurraba secretos al aire.

Nosotros volvíamos de tierra firme.

Mi hermano Dominic se había quedado con unos amigos de Norfolk desde hacía un mes, cuando terminó su primer año en la universidad. Esa mañana nos llamó para avisarnos que venía camino a casa. Su tren estaba programado para las cinco y nos pedía que lo recogiéramos en la estación. Debo decir que papá odia que lo interrumpan mientras escribe (o sea, casi todo el tiempo), y odia también tener que salir a cualquier parte. Pero a pesar de sus habituales quejas y suspiros —“¿Acaso el chico no puede tomar un taxi?, ¿qué tiene de malo el maldito autobús?”— pude notar por el brillo de sus ojos que estaba ansioso por ver a Dominic otra vez.

No es que a papá le incomodara tener que pasar todo el tiempo conmigo. Pero creo que algo faltaba en su vida desde que Dom iba a la universidad. Tengo dieciséis años (entonces tenía quince), y

papá tiene cuarenta y pico. Son edades difíciles —para ambos—. Crecer, tener que ser mayor, cosas de chicas, cosas de adulto, tener que lidiar con emociones que ninguno de los dos comprende... no es sencillo. No siempre podemos tener aquello que necesitamos, no importa cuánto nos esforcemos, y siempre es útil un intermediario a quien acudir cuando las cosas nos sobrepasan. Dominic, al menos, siempre ha sido bueno para ponerse en medio.

Claro que esa no era la única razón por la que papá estaba ansioso por verlo de nuevo; después de todo, era su hijo. Su muchacho. Estaba orgulloso de él. Se preocupaba por él. Lo amaba.

Yo también.

Pero a mí, por alguna razón, no me entusiasmaba tanto como a papá verlo de nuevo. No sé por qué. No es que no quisiera verlo, porque sí quería. Era sólo qué... no lo sé.

Algo no estaba bien.

—¿Estás lista, Cait? —preguntó papá a la hora de marcharnos.

—¿Por qué no vas solo? —sugerí—. Así podrán tener una charla de “padre e hijo” en el camino de vuelta.

—Hey, vamos. Él querrá ver a su hermanita.

—Espérame, entonces. Voy por Deefer.

Papá tiene terror a conducir solo desde que mamá murió hace diez años en un accidente de automóvil. Yo intento alentarlos pero no tengo corazón para presionarlos demasiado.

El caso es que habíamos conducido hasta tierra firme y recogido a Dominic en la estación. Allí estábamos todos: la familia McCann entera apretujada en nuestro decrepito Fiesta, camino a la isla. Papá y Dominic iban al frente, Deefer y yo en la parte trasera. (Por cierto, Deefer es nuestro perro. Una cosa grande, negra, pestilente, con una mancha blanca en un ojo y la cabeza del tamaño de un yunque. Papá dice que es una cruz de zorrillo con burro.)

Dominic no había dejado de hablar desde que arrojó su mochila en la cajuela y entró en el auto. Que la universidad esto, que la universidad aquello. Escritores, libros, revistas, fiestas, gente, dinero, clubes, tocadas... Sólo callaba para encender su cigarro, lo que hacía como cada diez minutos. Y cuando digo que hablaba no

me refiero a hablar como quien tiene una conversación: digo que hablaba como si estuviera loco:

—Te digo, papá, no lo creerías... De hecho, estamos analizando la telenovela *EastEnders*, ¡qué tal!... Dicen que tiene que ver con la “cultura popular”, lo que quiera que *eso* signifique... Y además, en la primera clase, ¿te imaginas? Estoy allí, en mi rollo, simplemente escuchando a ese viejo catedrático imbécil divagar acerca del maldito marxismo o algo así, cuando de pronto se detiene y dice: “¿Por qué no estás tomando notas?” ¡No podía creerlo! ¿*Por qué no estás tomando notas?* ¡Carajo! Se supone que la universidad se trata del libre albedrío, ¿no? La disciplina de la autoeducación, la libertad de aprender a tu propio ritmo...

Y siguió y siguió y siguió...

No me gustaba.

Su manera de hablar, su constante maldecir, la forma en que fumaba su cigarro y gesticulaba como un falso intelectual... Era vergonzoso. Me hacía sentir incómoda —ese tipo de incomodidad estremecedora que sientes cuando alguien a quien aprecias, alguien cercano a ti, empieza de pronto a comportarse como un completo idiota—. Tampoco me gustó su manera de ignorarme. A juzgar por la atención que mi hermano me concedía, yo podría no haber estado allí. Me sentí como una absoluta desconocida en mi propio auto. No fue sino hasta que casi habíamos llegado a la isla cuando Dominic se tomó un momento para respirar, volteó, le sacudió la cabeza a Deefer (“¡Hey, Deef!”) y finalmente me dirigió la palabra:

—¿Todo bien, niña? ¿Cómo estás?

—Hola, Dominic.

—¿Qué te pasa? Pareces distinta. ¡Dios mío! ¿Qué has hecho con tu cabello?

—Eso mismo estaba a punto de preguntarte.

Sonrió y pasó sus dedos por su cabellera decolorada, cortada casi a rape.

—¿Te gusta?

—Muy bonito. Muy como de vago de playa. ¿Así es como se ven todos en Liverpool?

—Bueno, no todos se ven *así* —dijo mi hermano dando un

capirotazo a mi pelo—. Lindo estilo. ¿Cómo se llama? ¿El puercoespín?

—Los puercoespines tienen *púas* —le dije mientras me reajustaba el lazo del pelo—. Esto es un penacho.

—¿Un *penacho*? Sí, claro —dijo una calada a su cigarro—. ¿Tú qué opinas, papá?

—Creo que se le ve bien —dijo papá—. Como sea, prefiero tener en la familia un puercoespín a un surfista neonazi.

Dominic sonrió sin apartar la vista de mi cabello.

—¿*Und was denkst deiner Liebling davon?*

—¿Qué?

—Simon —dijo—. ¿Qué opina Simon de tu peinado?

—No tengo idea.

—No habrán terminado, ¿verdad?

—Oh, no seas tan infantil, Dominic. Simon es sólo un amigo...

—Eso es lo que él quiere que pienses.

Suspiré.

—¿No se supone que madurarías en la universidad?

—Yo no —dijo él con una mueca—. Yo voy hacia atrás.

Todos mis malos recuerdos de Dominic volvían poco a poco a mi memoria. Los comentarios punzantes, malintencionados, las constantes tomaduras de pelo, su manera de tratarme como a una niñita estúpida... Supongo que ésa era una de las razones por las que estaba un poco mosqueada por su retorno: ya no quería ser tratada como una niñita estúpida, especialmente por alguien que no sabía comportarse de acuerdo con *su propia* edad. Y el que nadie me hubiera tratado en un año como a una estúpida sólo empeoraba las cosas. Me había desacostumbrado. Y cuando te desacostumbra a algo es más difícil soportarlo. Por eso me sentía molesta.

Pero entonces, justo cuando mi enojo estaba a punto de estallar, Dominic estiró la mano y tocó mi mejilla.

—Me alegra verte, Cait —dijo con suavidad.

Por un instante fue el Dominic que yo había conocido antes de que creciera, el verdadero Dominic, el que me cuidaba cuando necesitaba ser cuidada: mi hermano mayor. Pero casi enseguida

se apartó con un encogimiento de hombros, como si se sintiera avergonzado de sí mismo. El Dom conocido y gritón estaba de vuelta.

—Oye, papá —vociferó—. ¿Cuándo diablos piensas comprar un auto nuevo?

—¿Y por qué querría un auto nuevo?

—Porque éste es un montón de mierda.

Encantador.

El cielo de la isla tiene su propia e inconfundible luminosidad, un brillo iridiscente que se mueve según el humor del mar. Nunca es el mismo, pero es siempre el mismo, y siempre que lo veo sé que estoy a punto de llegar a casa.

Mi hogar es una pequeña isla llamada Hale. Tiene unos cuatro kilómetros de largo y dos de ancho en su parte más amplia, y está unida a tierra firme por una pequeña carretera elevada conocida como el Stand, un estrecho camino que hace con el estuario las veces de puente. Normalmente no se nota que es una carretera elevada como tampoco se nota que conduce a una isla, pues la mayor parte del tiempo el estuario es tan sólo un vasto trecho de juncos y viscosidades color marrón. Sólo te das cuenta de que es una isla cuando sube la marea y el estuario se alza un medio metro sobre el nivel del camino y no se puede pasar hasta que la marea baja de nuevo.

Ese viernes por la tarde, sin embargo, mientras nos aproximábamos a la isla, la marea estaba baja y el Stand se extendía frente a nosotros, claro y seco, humeante por el calor: era una franja de concreto gris pálido franqueada por un pretil blanco y un sendero a cada lado, con riberas pedregosas y disparejas que descendían hasta el borde del agua. Más allá de la cerca, el estuario brillaba con esa maravillosa luz plateada que llega con el atardecer y se queda fija hasta el anochecer.

Íbamos a medio camino cuando vi a Lucas.

Recuerdo claramente aquel momento: Dominic reía sonoramente por algo que acababa de decir mientras hurgaba en sus bolsillos en busca de otro cigarro; papá hacia lo posible por parecer entretenido, se acariciaba la barba con un dejo de cansancio;

Deefer, como de costumbre, iba sentado muy erguido en su postura de perro-muy-bien-portado-en-el-auto, parpadeando sólo ocasionalmente; y yo me inclinaba hacia un lado para ver mejor el cielo. No, a ver... puedo hacerlo mucho mejor. Recuerdo mi postura *exacta*. Estaba sentada justo hacia la derecha de la mitad del asiento, con las piernas cruzadas, levemente recargada hacia la izquierda, mirando hacia afuera por el parabrisas delantero, sobre el hombro de Dominic. Mi brazo izquierdo rodeaba la espalda de Deefer y mi mano descansaba sobre el polvo y los pelos de perro que había en una cobija sobre el asiento trasero. Me anclaba en esa posición aferrándome con la mano derecha al marco de la ventana abierta... Lo recuerdo con absoluta precisión. La sensación del metal caliente en mi mano, el borde de hule, el viento refrescante en mis dedos...

Fue en *ese* momento que lo vi por primera vez: una solitaria figura en el extremo opuesto del Stand, a la izquierda, nos daba la espalda en su camino hacia la isla.

Además de desear que Dominic dejara de rebuznar, mi primer pensamiento fue cuán extraño era ver a alguien caminando por el Stand. No es frecuente ver a nadie caminar por estos rumbos. El pueblo más cercano es Moulton (de donde veníamos en ese momento, como a quince kilómetros tierra adentro), y entre Hale y Moulton no hay más que cabañas pequeñas, granjas, terrenos baldíos, los llanos y una que otra taberna. De modo que los isleños no caminan, básicamente porque no hay hacia dónde caminar. Si van a Moulton conducen o toman el autobús. Así que los únicos peatones que uno puede encontrar por aquí son excursionistas, observadores de aves, cazadores furtivos o, muy de vez en cuando, personas (como yo) a quienes sólo les gusta caminar. Pero incluso desde la distancia podía ver que la figura frente a nosotros no pertenecía a ninguna de estas categorías. No estaba segura de cómo lo sabía, simplemente lo sabía. También Deefer lo sabía, pues aguzó los oídos y entornó los ojos con curiosidad para ver a través de la ventana.

La figura se hacía más nítida a medida que nos acercábamos. Era un joven o un muchacho vestido holgadamente con una playera verde militar y amplios pantalones verdes. Llevaba una

chamarra verde militar anudada a la cintura y una bolsa de lona verde sobre el hombro. Lo único no verde en él era el par de botas negras estropeadas que calzaba. Aunque era más bien pequeño, no era tan delgado como pensé en un principio. No era exactamente *musculoso*, pero tampoco era del todo enclenque. Es difícil de explicar. Había en él un aire de fortaleza oculta, una elegante fuerza que se notaba en su equilibrio, en su porte, en su modo de andar...

Ya he dicho que el recuerdo del modo de andar de Lucas me hace sonreír. Es un recuerdo increíblemente vívido. Puedo verlo ahora mismo si cierro los ojos: un trote tranquilo, lindo y firme. Ni muy apresurado ni muy lento. Lo bastante veloz como para llevarlo a alguna parte, pero no tan rápido como para no enterarse de nada. Un paso lleno de vitalidad, seguro, alerta, resuelto, despreocupado y sin vanidad. Un modo de andar que lo mismo pertenecía y se hallaba alejado de todo a su alrededor.

Se pueden deducir muchas cosas de alguien a partir de su manera de andar.

A medida que el auto se aproximaba a Lucas me di cuenta de que papá y Dominic habían callado. De pronto me percaté de un silencio extraño, casi fantasmal, en el aire —no sólo en el auto, también afuera—. Los pájaros habían dejado de cantar, el viento se había detenido y el cielo a lo lejos se había iluminado con el azul más intenso que jamás hubiera visto. Era como algo salido de una película, uno de esos episodios en cámara lenta mostrados en el más absoluto silencio mientras te hormiguea la piel y simplemente *sabes* que algo impactante está a punto de ocurrir.

Papá conducía a una velocidad regular, como siempre, pero parecía que apenas nos movíamos. Podía oír el murmullo de los neumáticos sobre el asfalto seco y las ráfagas de aire barrer la ventana. Veía también las cercas al lado del camino destellar junto a nosotros como una mancha blanca. Por eso sabía que *sí* nos movíamos, aunque la distancia entre nosotros y el chico no parecía acortarse.

Era extraño, casi como un sueño.

De repente el tiempo y la distancia parecieron tropezar hacia delante y nos emparejamos con el chico. Él giró la cabeza y nos

miró. No, más bien, volteó la cabeza y me miró. Miró directamente hacia *mí*. (Cuando hace poco le conté esto a papá, me dijo que él también tuvo la misma sensación: que Lucas miraba directamente hacia *él*, como si *él* fuera la única persona en el mundo.)

Nunca olvidaré ese rostro. No sólo por su belleza —Lucas era indiscutiblemente bello— sino porque daba la maravillosa impresión de estar *más allá* de las cosas. Más allá de los ojos azul pálido y el cabello alborotado y la sonrisa triste... había algo más allá de todo eso.

Algo...

Sigo sin saber qué era.

Dominic rompió el hechizo cuando se asomó por la ventana y gruñó:

—¿Qué diablos es *eso*?

Y el muchacho se esfumó, pasó a toda velocidad mientras nos alejábamos del Stand y virábamos hacia el este de la isla.

Yo quería mirar hacia atrás. Estaba ansiosa por mirar hacia atrás, pero no podía. Temía que él ya no estuviera ahí.

El resto del viaje fue algo así como una mancha borrosa. Recuerdo que papá hizo un curioso sonido, como si olisqueara algo, mirándome de reojo por el retrovisor; después aclaró la garganta y me preguntó si me sentía bien.

Yo dije:

—Mmmm... sí.

Y luego Dominic dijo:

—¿Lo conoces, Cait?

—¿A quién?

—Al baboso ese, al vago... esa cosa con la que te quedaste embobada.

—Cállate, Dominic.

Rio burlándose de mí. "*Cállate, Dominic*". Y pasó a otra cosa.

Recuerdo que papá cambió la velocidad y aceleró el auto cuesta arriba por Black Hill con un repentino arrebato de confianza, y recuerdo vagamente haber pasado junto al anuncio que dice: "Cuidado con los tractores", sólo que la *t* y la *r* están ocultas tras

un arbusto, por lo que se lee “Cuidado con los actores”. Cada vez que pasamos por ahí, alguno de nosotros se encarga de decir: ¡cuidado!, allí va John Wayne o Hugh Grant o Brad Pitt... Pero no recuerdo a quién nombramos esa tarde.

Por un rato tuve la cabeza en otra parte.

No sé dónde.

Sólo recuerdo una sensación extraña y zumbante en mi cabeza, una intensa mezcla de emoción y tristeza que nunca antes había sentido y que probablemente nunca más volveré a sentir.

Era como si desde entonces supiera lo que iba a suceder.

Muchas veces en este último año me he preguntado qué habría ocurrido si no hubiera visto a Lucas aquel día. Si hubiéramos cruzado el Stand diez minutos antes o diez minutos después. Si el tren de Dominic se hubiera retrasado. Si hubiera estado alta la marea. Si papá se hubiera detenido a cargar gasolina en el camino de vuelta. Si Lucas hubiera salido del lugar de donde sea que venía un día antes o un día después...

¿Qué habría pasado? ¿Sería todo diferente? ¿Sería yo ahora una persona distinta? ¿Sería más feliz? ¿Estaría más triste? ¿Tendría sueños diferentes? ¿Y Lucas? ¿Qué habría sido de Lucas si no lo hubiera visto ese día? Estaría aún...

Entonces me percaté de cuán insensatos son en verdad esos pensamientos. Qué tal si... Qué habría pasado si...

No importa.

El hecho es que lo vi, y que nada podrá cambiar eso jamás.

Estas cosas, estos momentos que consideramos extraordinarios tienen su manera de fundirse con la realidad: mientras más nos alejábamos del Stand —mientras más nos alejábamos del momento— menor era el hormigueo que sentía. Para cuando enfilamos hacia el angosto camino que lleva a casa, la sensación de zumbido en mi cabeza casi había desaparecido y el mundo había vuelto a ser algo más o menos normal.

El auto se estremecía por el sendero mientras yo observaba fijamente aquel paisaje que me era tan familiar: los álamos por cuyas ramas se filtraban haces de luz solar, el campo verde, el ca-

mino maltrecho que conduce a la entrada; luego la vieja casa gris con su aire pacífico y acogedor bajo el sol refrescante; y al fondo de todo, la playa y el mar brillando en la distancia del atardecer. De no ser por un solitario carguero que se desplazaba despacio por el horizonte, el mar estaba vacío y quieto.

Papá me dijo alguna vez que esa parte oriental de Hale le recordaba su casa de infancia en Irlanda. Nunca he estado en Irlanda, de modo que no podría confirmarlo. Pero sí sé que amo todo en este lugar: la paz, lo silvestre, los pájaros, el olor a sal y algas, el clamor del viento, lo impredecible del mar... Amo incluso esa antigua casa descuidada, con su viejo techo enmohecido y sus paredes disparejas y su conjunto de letrinas exteriores y sus cobertizos derruidos. Puede que no sea la casa más bonita del mundo, pero es mía. Es donde vivo. Aquí nací.

Pertenezco a este lugar.

Papá estacionó el auto en el patio y apagó el motor. Abrí la puerta. Deefer brincó afuera y comenzó a ladrarle a Rita Grey, nuestra vecina, quien paseaba en el sendero a su perra labrador. Salí del auto y la saludé con un gesto de la mano. Mientras ella respondía a mi saludo, un par de cisnes blancos volaron casi al ras del campo, sus alas vibraban en la brisa. La perra comenzó a correr tras ellos, ladrando como una lunática.

—Nunca los alcanzará —gritó papá.

Rita se encogió de hombros y sonrió:

—Le hará bien, John. Necesita el ejercicio... ¡Ah! ¡Hola Dominic! No te había reconocido...

—Hola, señora G. —replicó Dom escabulléndose hacia el interior de la casa.

La labrador ahora estaba en medio del sendero con la lengua de fuera, ladrando al cielo despejado.

Rita movió la cabeza y suspiró.

—Condenada perra. No sé por qué... ¡Ah, Cait! Antes de que se me olvide, Bill preguntó si podrías llamarla sobre lo de mañana.

—De acuerdo.

—Estará aquí hasta las nueve.

—Está bien, gracias.

Luego se despidió de papá con la cabeza y se alejó por el sendero

detrás de su perra, silbando y riendo, balanceando la correa en el aire, con su melena pelirroja al viento.

Noté que papá la miraba con atención.

—¿Qué? —dijo cuando notó que lo observaba.

—Nada —sonreí.

En casa, Dominic había arrojado su mochila al suelo y subía ruidosamente las escaleras.

—Avísenme cuando esté lista la comida —nos ordenó—. Me voy a echar un rato. Estoy molido.

La puerta de la habitación se cerró de golpe.

Era extraño tener a alguien más en casa. Me incomodaba. Supongo que me había acostumbrado a estar sola con papá. Nuestros ruidos, nuestros silencios. Me había acostumbrado a la calma y a la soledad.

Papá alzó la mochila de Dominic y la recargó contra la escalera. Me dirigió una sonrisa tranquilizadora, como si leyera mis pensamientos.

—Es sólo un niño, Cait. No pretende lastimarte.

—Lo sé.

—Todo estará bien. No te preocupes.

Asentí.

—¿Quieres comer algo?

—Ahora no... Dale una hora o dos y luego comeremos algo todos juntos.

Se inclinó y apretó una de las cintas de mi cabello.

—¿*Penacho*, dices?

—Penacho —asentí.

Arregló la cinta. Luego dio un paso atrás y me contempló.

—Realmente te queda bien. De verdad.

—Gracias —sonreí—. Tú tampoco te ves nada mal. ¿Viste cómo te miraba Rita?

—Ella mira a todos de la misma manera. Es peor que su hija.

—Siempre pregunta por ti, ¿sabes?

—Vamos, Cait...

—Sólo estoy bromeando, papá —le dije—. No te preocupes tanto.

—¿Quién se preocupa?

—Tú. Te preocupas por todo.

Charlamos unos minutos, pero me di cuenta de que ansiaba volver a su trabajo. No dejaba de mirar su reloj.

—Llamaré a Bill —le dije—. Luego llevaré a Deefer de paseo. Prepararé algo de comer cuando vuelva.

—De acuerdo —dijo—. Supongo que más vale aprovechar un par de horas mientras pueda.

—¿Cómo va el nuevo libro?

—Ah, ya sabes, siempre es lo mismo —por un momento sólo se quedó allí parado, contemplando fijamente el suelo mientras se acariciaba la barba; pensé que me diría algo, que compartiría conmigo alguno de sus problemas. Pero al cabo de un rato simplemente suspiró de nuevo y dijo—: Está bien, más vale continuar... asegúrate de volver antes de que anochezca. Te veo más tarde, cariño.

Y se fue; caminó encorvado hacia su estudio y cerró la puerta.

Papá escribe libros para adolescentes, adultos jóvenes, como les llaman en las librerías. Seguramente has oído hablar de él. Puede que hasta hayas leído alguno de sus libros: *Una especie de Dios*, *Nada nunca muere*, *Mundo nuevo*... ¿No? Bueno, aunque no los hayas leído es probable que hayas leído acerca de ellos. Son la clase de libros que son nominados a premios que nunca ganan, la clase de libros de los que los diarios publican tontería y media porque les parecen inmorales, porque dan mal ejemplo, porque contribuyen a la destrucción de la inocencia de la juventud de hoy. Básicamente, son la clase de libros que no dejan mucho dinero.

Bill estaba comiendo cuando contestó el teléfono.

—¿Mmmsí?

—¿Bill? Soy Cait...

—Un mmi... espera... —podía oír la televisión rugiendo al fondo, a Bill masticando, tragando, repitiendo—. Bien —dijo al fin—. Urrp... perdón por eso.

—Tu madre me dijo que te llamara. La vi en el sendero.

—Sí. Pensé que nunca se iría... un minuto...

—¿Bill?

—Así está mejor. Moría por un cigarro. ¿Estás bien?
—Perfectamente...
—Te vi cuando regresabas en el auto. ¿A dónde fuiste?
—A recoger a Dom.
—Soy toda oídos...
—Oh, ¡vamos Bill!
—¿Qué?
—Ya *sabes* qué. ¡Tiene diecinueve años, por favor!
—¿Y?
—Tú tienes quince...
—Las chicas maduran antes que los chicos, Cait. Eso lo sabe todo mundo.

—¿Sí? Pues es evidente que *tú* lo has hecho.
Rio.
—¿Puedo evitar que mis hormonas estén hambrientas?
—Podrías ponerte a dieta.
—¡Ja!
—De todos modos, Dom ya tiene novia.
—¿Quién?
—No lo sé. Alguien de la universidad, creo... —armé una imagen mental a toda velocidad—. Una rubia alta con piernas largas y mucho dinero.
—Lo estás inventando.
—No, no lo estoy inventando. Se llama Helen y vive en Norfolk, en alguna parte...
—Pues allí lo tienes.
—¿Qué?
—Ella está en Norfolk... yo estoy a dos minutos a pie por el sendero. Fin de la historia.

Rio de nuevo, luego tapó el auricular y habló con alguien al fondo.

Enredé entre mis dedos el cable del teléfono y deshice una telaraña que había en la pared. Sacudí el pie. Me dije: “Ignórala, olvídale, no dejes que te moleste...” Pero no pude. Este rollo con Bill y Dominic se estaba saliendo de control. Antes era gracioso...: “Querida Trish, mi mejor amiga está enamorada de mi hermano mayor, ¿qué debo hacer?” Sí, era gracioso cuando Bill

tenía diez años y Dominic catorce. Pero había dejado de serlo porque Bill ya no bromeaba. Se lo tomaba verdaderamente en serio y eso me molestaba. El problema era que si le decía lo que en verdad pensaba, ella sólo se reiría de mí. Me diría: “Ash, vamos, Cait, no seas tan seria todo el tiempo, sólo me divierto un poco, niña...”

De modo que, para bien o para mal, sólo le seguía la corriente.

—¿Cait?

—Sí, ¿quién era?

—¿Qué?

—Creí que hablabas con alguien.

—No, es la tele. Sólo bajaba el volumen. Como sea, ¿todavía estás puesta para mañana?

—¿A qué hora?

—Te veo a las dos en la parada del autobús...

—¿Por qué no mejor nos vemos en tu casa? Podríamos caminar juntas.

—No, primero tengo que ir a otra parte. Te veo a las dos.

—El autobús pasa al diez para las dos.

—Está bien, nos vemos al cuarto. ¿Qué te vas a poner?

—¿Ponerme? No sé, nada en especial... ¿Por qué?

—Por nada. Sólo pensé que sería divertido arreglarnos un poco más para variar.

—¿Arreglarnos?

—Ya sabes: falda, tacones, blusa entallada...

Reí.

—Si sólo vamos a Moulton.

—Sí, de acuerdo, pero te ves bien cuanto te vistes bien. Deberías hacerlo más a menudo. No puedes usar siempre esos pantalones cortos gastados y una playera.

—No lo hago.

—Sí lo haces. Pantalones cortos y playera en verano, jeans y sudadera en invierno...

—¿Eso qué tiene de malo?

—Nada... Lo que digo es que a veces tienes que esforzarte. Enseñar un poco de pierna, un poco de abdomen, ponerte un poco de pintura en los labios, ya sabes...

—Ya veremos. Tal vez...

—Oh, vamos Cait. Será divertido.

—Dije tal vez...

—Nunca se sabe. Podríamos toparnos con alguien decente...
¿Qué hará Dom mañana?

—Mira, Bill...

—Ups, me tengo que ir. Me pareció oír a mamá y estoy a medio cigarro. Te veo mañana a las dos...

—Cuarto para... ¿Bill?

Pero ya había colgado.

Devolví el teléfono a su sitio y fui a la cocina. La casa estaba en silencio. Flotaban sonidos tenues en el aire, el suave *tap-tap* del teclado de mi padre, el zumbido de un aeroplano volando alto en el cielo, el grito lejano de una gaviota solitaria. A través de la ventana podía ver el carguero flotando en torno al Point, su enorme casco gris bajo el peso de un cargamento multicolor de contenedores metálicos. El cielo sobre el barco estaba un poco nublado, pero el sol aún calentaba y brillaba cubriendo la isla con una gasa de color rosa pálido.

Me gusta esta hora del día cuando la luz brilla suavemente y en el aire flota una especie de somnolencia... como si, después de un largo día de trabajo, la isla exhalara alistándose para la noche. Durante el verano con frecuencia me siento en la cocina durante una o dos horas, simplemente observando cómo el cielo cambia de color mientras se pone el sol. Pero esa tarde no podía estarme quieta. Me preocupo demasiado, como papá. Estaba preocupada por él. Me preocupaba Dominic, que había cambiado tanto en el último año. Y el muchacho del Stand... Me preocupaba por qué no podía dejar de pensar en él... Y Bill... deseaba no haberla llamado. Deseaba no tener que ir al pueblo al día siguiente. Deseaba... no lo sé. Deseaba no tener que crecer. Era demasiado deprimente.

Llamé a Deefer y nos dirigimos hacia el sendero.

Lo que pasa con papá es que tiene demasiada tristeza en los huesos. Se le nota en la manera como camina, en cómo ve las cosas, inclusive en su modo de sentarse. Cuando salí de casa esa tarde

me asomé a la ventana de su estudio y lo vi encorvado sobre su escritorio, mirando fijamente la pantalla de la computadora, fumando un cigarro y sorbiendo whisky irlandés. Se veía tan triste que me dieron ganas de llorar. Tenía esa mirada de franca tristeza que rara vez se ve, la mirada de alguien que piensa que está solo y no tiene por qué ocultarlo.

Es mamá, desde luego. Ha estado solo con su tristeza desde que ella murió.

No es que no me hable de ella... Lo hace. Me dice cuán maravillosa era, cuán hermosa era, qué buena, qué detallista, qué graciosa era... "Dios, Cait, cuando Kathleen reía, hacía cantar al corazón." Me cuenta cuán felices eran juntos. Me muestra fotografías, me lee sus poemas, me dice cuánto se la recuerdo... Me dice lo triste que está. Pero no atiende sus propios consejos; no da ninguna vida a su tristeza.

No sé por qué.

A veces pienso que es porque *quiere* que esa tristeza se le muera adentro. Cree que si muere dentro de él podrá protegerme de ella, pero no se da cuenta que no *quiero* quedar fuera de su tristeza. Quiero ser parte de ella. Quiero sentirla también. Era mi mamá. Casi no la conocí, pero lo menos que puede hacer papá es dejarme compartir su muerte.

No sé si esto tiene algún sentido.

Ni siquiera sé si es verdad.

Pero eso es lo que pensé.

Allá, en el arroyo, Deefer había llegado hasta el pequeño puente de madera y contemplaba una familia de cisnes —un par de adultos y tres polluelos grandes—. Uno de los adultos convertía la defensa de sus crías en un espectáculo: se acercaba a Deefer con las alas extendidas, arqueaba el cuello y emitía un fuerte silbido. A Deefer aquello no podía importarle menos. No era nada que no hubiera visto antes. Simplemente se mantuvo allí, con la mirada fija, moviendo la cola con dulzura. Luego de uno o dos minutos el cisne se dio por vencido, meneó la cabeza y chapoteó de vuelta a su familia.

El arroyo surca un profundo valle que corre paralelo a la playa

y se extiende desde la mitad de la isla hasta las marismas detrás del Point. Entre el arroyo y la playa hay una amplia franja de saladar, una alfombra verde claro de hinojo marino y verdolagas salpicada de innumerables charcas de lodo ribeteadas de juncos y carrizos. Quienes conocen bien el lugar —como yo lo conozco— saben que hay sendas que cruzan el saladar hacia la playa. De otro modo es necesario seguir el sendero hasta la orilla oeste de la playa, donde los pantanos se adelgazan y se funden en la orilla. También se puede ir hacia el este a través de un laberinto de dunas y aulagas hasta la bahía baja que está junto a los pantanos.

Llamé a Deef y cortamos camino a través del saladar hasta que desembocamos en la playa cerca del viejo fortín de concreto. A medida que nos acercábamos por la costera la brisa marina se intensificaba perfumando el aire con una mezcla de sal y arena y esas cosas desconocidas que sólo los perros pueden oler. Mientras Deefer trotaba junto a mí con la cabeza erguida, olisqueando las historias de este mundo, hice una pausa para escuchar los sonidos del mar. Las olas lamían la orilla suavemente, el viento, la arena susurrante, las aves marinas... y debajo de todo esto, o por encima de todo esto, el murmullo del lodo de los pantanos junto al Point.

El Point es el extremo este de la isla, un dedo fino de guijarros cercado de un lado por el mar abierto y por los pantanos por el otro. Cuando baja la marea se pueden ver restos de barcos antiguos que fueron succionados y se perdieron en las profundidades. Cual esqueletos de bestias muertas hace mucho tiempo, sus armazones desmantelados y renegridos emergen de la viscosidad, como una firme advertencia sobre los peligros que acechan en el lodo. Más allá de los pantanos, la maraña de un bosque raquíptico ensombrece un islote agreste en la boca del estuario. La diminuta isla encara la playa con una inquietante mezcla de belleza y amenaza: las extremidades de sus árboles marchitos han sido torcidas por el viento y la marea hasta convertirse en suplicantes figuras, como manos deformes clamando ayuda.

Aun en verano esta parte de la playa suele estar desierta. Quienes visitan la isla se quedan por lo general en el lado oeste, del lado del pueblo, donde la arena es suave y hay lugar para

estacionarse. Es un parque campestre (un bosque provisto de basureros) donde hay senderos para bordear los acantilados y espacio para volar cometas, camiones de helados, un quiosco de música —incluso se planea abrir un sitio para acampar—. Pero eso es otro mundo. En el lado este de la isla sólo se ve gente local: pescadores, personas que pasean a sus perros, el ocasional impermeable con un detector de metales y, a veces, bien entrada alguna noche de verano, amantes furtivos en las dunas.

Esa tarde, sin embargo, la playa estaba desierta mientras la luz languidecía. Una brisa cruda venía del mar y la temperatura comenzaba a disminuir. No faltaba mucho para que se cerrara el frío nocturno y todo lo que traía puesto —como Bill amablemente había señalado— era una playera y un par de viejos pantalones cortos. De modo que llamé a Deef otra vez mientras me frotaba los brazos y me puse en marcha apresurando el paso por la playa en dirección al Point.

Sin querer volví a pensar en el muchacho del Stand, preguntándome quién era, hacia dónde se dirigía, qué hacía por allí... inventando historias en mi cabeza. Imaginé que era el hijo de algún habitante de la isla que había estado lejos por un tiempo, quizá en el ejército, tal vez incluso en prisión, y que ahora volvía a casa. Su padre sería un viejo canoso que vivía solo en una diminuta cabaña de pescadores. El hombre habría pasado el día entero limpiando el lugar, cocinando algo rico para comer, preparando una habitación para su hijo...

No, pensé. El muchacho no es lo bastante grande para haber estado en el ejército. ¿Qué edad tendrá? ¿Quince, dieciséis, diecisiete? Volví a imaginar su cara y —maldición— mi corazón brincó un latido. Aquellos ojos azul pálido, ese cabello enmarañado, esa sonrisa... podía verlo todo con suficiente claridad. Lo extraño era que no podía calcular la edad del chico por más que estudiara su cara en mi memoria. Por un segundo parecía de trece y al siguiente era un joven de dieciocho, diecinueve, veinte...

Muy extraño.

Como sea, decidí, el chico no podía ser hijo de un isleño, no encajaba con ese tipo. Los isleños —y sus hijos— tienen un aspecto muy particular. Son bajos y morenos, con largas pestañas

y cabello hirsuto para combatir el viento. Y aun si no son bajos ni morenos con largas pestañas ni cabello hirsuto, parece como si debieran serlo. El muchacho —ahora pensaba en él como el muchacho—. El muchacho no era un isleño. El rostro que recordaba no estaba curtido por el viento. El rostro que recordaba era el de un muchacho de ninguna parte.

¿Buscará trabajo?, pensé. ¿O busca a alguien? ¿Una muchacha, una novia?, ¿tal vez un enemigo? Alguien que le ha hecho daño. Alguien que ha ofendido su honor. Ha viajado a lo largo y ancho del país en busca de...

Me detuve en seco, súbitamente consciente de lo que hacía. Dios mío, Caitlin, pensé. ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Novias? ¿Enemigos? ¿Honor? Esto es digno de Mills & Boon. Es vergonzoso. Mírate. Actúas como una niña tonta desmayada ante la fotografía de una estrella *pop* con cara de bobo en una revista. Por amor de Dios, niña, contrólate. Madura, madura, madura...

Sacudí la cabeza y comencé a caminar de nuevo.

Es difícil pensar en madurar cuando estás justo en mitad del proceso. Es complicado saber qué quieres. A veces hay tantas voces en tu cabeza que es difícil saber cuál de ellas es la tuya. Quieres esto, quieres aquello. Crees que quieres esto pero después quieres lo otro. Piensas que deberías querer esto pero todo el mundo opina que deberías querer lo otro.

No es sencillo.

Recuerdo que una vez —tendría diez u once años— volví de la escuela llorando como loca porque los demás niños me habían llamado bebé. Luego de consolarme y de esperar pacientemente que las lágrimas se secaran, papá me sentó y me dio un consejo.

—Escucha, Cait —dijo—, pasarás la mitad de tu infancia deseando ser mayor y luego, cuando seas mayor, pasarás la mitad del tiempo deseando ser niña de nuevo. De modo que no te preocupes demasiado acerca de lo que está bien o mal para tu edad... simplemente haz lo que quieras.

Eso me puso a pensar otra vez en papá, en su soledad, en su escritura, en su forma de beber... De pronto, un movimiento inesperado captó mi atención y todos mis pensamientos se esfumaron. Alguien nadaba en el mar, justo enfrente del Point, y ahora

se dirigía hacia la playa. De golpe me di cuenta de que oscurecía, hacía frío y no sabía dónde estaba Deefer.

—¡Deefer! —grité mirando alrededor—. ¡Aquí, muchacho! ¡Ven aquí, Deef!

Esperé mientras trataba de oír el cascabeleo de su collar, luego silbé y volví a llamar, pero no obtuve respuesta. En el mar el nadador casi había alcanzado la playa. Me hice sombra con la mano para poder ver mejor. Era un joven de cabello claro con gogles oscuros. Había en él algo vagamente familiar, pero la luz no era lo bastante clara y no podía reconocer su rostro. Quienquiera que fuera era sin duda un buen nadador. Conforme se acercaba a la orilla podía distinguir sus brazadas rítmicas rebanando el agua. *Slip... slip... slip...* un sonido extrañamente escalofriante.

Miré a mi alrededor y llamé de nuevo a Deefer. Nada. Busqué por todas partes —de vuelta a lo largo de la playa, a orillas del saladar, en los pantanos—. Nada. Ni perro negro ni ninguna otra señal de vida. Sólo yo y una enervante figura con gogles oscuros que se balanceaba fuera del mar y hacía crujir los guijarros dirigiéndose hacia mí. Alto, musculoso y de espalda amplia, con un bañador ajustado, un elegante reloj negro y nada más. Cruzaba su boca una sonrisa delgada y burlona, y según se aproximaba pude notar que su piel estaba cubierta por una especie de aceite o grasa clara. El agua resbalaba por su piel, perlada con diminutos arcoíris.

—¡Vaya, es la pequeña Caity McCann! —dijo quitándose los gogles y sonriendo—. ¡Qué *agradable* sorpresa!

—Ah... Jamie —titubeé—. ¿Qué haces por aquí?

No sabía si reír o llorar mientras lo veía acercarse hacia mí ajustando su bañador con aquella sonrisa. Jamie Tait; hijo de Ivan Tait, terrateniente local, rico empresario y miembro del parlamento de Moulton del Este... era lo más cercano a una celebridad que la isla hubiera producido jamás: capitán del County Schools Junior Rugby xv, campeón nacional de natación a los dieciséis y ahora una estrella emergente en su segundo año en la Universidad de Oxford.

Jamie Tait era un “joven brillante”.

O, como decía mi padre, el más brillante pedazo de mierda en la isla.

Se había detenido como a un metro de distancia de mí y golpeaba sus gogles en la pierna, respirando pesadamente y mirándome de arriba abajo.

—¿Entonces, qué piensas, Cait? —dijo—. ¿Todavía lo tengo?

—¿Qué cosa?

Se apartó de un manotazo el cabello mojado de los ojos.

—El estilo, lo que se necesita... Te vi observándome.

—No te *observaba*. Buscaba a mi perro.

—Sí, claro —guiñó—. Ya entiendo.

Su mirada penetrante me dio escalofríos. Tenía ojos azul pálido eléctrico, como de androide, y era imposible adivinar qué había detrás de ellos. Tampoco me gustó su forma de pararse, la manera en que sostenía el cuerpo. Demasiado cerca, pero no *demasiado* cerca. Lo bastante cerca como para que fuera demasiado incómodo mirar hacia otra parte. Lo bastante cerca como para insinuar, para decir... mira esto, ¿qué opinas?

Di un paso atrás y llamé a Deefer con un silbido mientras revisaba el horizonte. Todavía nada a la vista. Cuando volví la cabeza Jamie se había acercado con los pulgares enganchados en su bañador. Podía oler la grasa en su piel, algo dulce en su aliento.

—¿Ha vuelto Dom de Liverpool? —preguntó.

—Esta tarde, volvió esta tarde... ¿Te importaría...?

—¿Va a salir esta noche?

—De verdad que no lo sé. Creo que yo...

—¿Qué te pasa, Cait? Mírate, estás temblando —sonrió—. Te daría algo que ponerte, pero como ves no tengo mucho que ofrecer —miró hacia abajo y rio—. Es el frío, ¿sabes?

—Me tengo que ir —dije, y di media vuelta para alejarme. Mi corazón latía como un tambor y sentía débiles las piernas. Esperaba por un momento que una mano se aferrara a mi brazo... pero no pasó nada.

No creo haber estado realmente asustada en ese momento, sólo molesta. Molesta conmigo misma por... ni siquiera sé por qué. Por estar ahí, supongo. Enojada de que él me hubiera hecho enojar.

Después de una media docena de pasos lo escuché crujir tras de mí, llamándome con voz amigable.